Facetas inéditas del profesor Lacarra

MARIA JESÚS LACARRA YANGUAS

No creo que se pueda añadir nada más, a todo cuanto se ha dicho sobre la ingente personalidad del Profesor Lacarra. No obstante se me ha sugerido, como prima suya y casi de la misma edad, el aporte de noticias sobre su infancia y juventud, que completen su perfil humano. Esta aportación, que realizo complacida, solamente va a redondear un poco la figura, perfectamente delimitada, del Profesor Lacarra, por lo que no debe esperarse de ella novedades sensacionales, que no existen.

Ambos somos hijos de hermanos, D. Victoriano y D. Antonio Lacarra Mendiluce, los dos abogados; pero en nuestra primera infancia no nos conocíamos personalmente, por residir su familia en Estella y la mía en Villafranca. Nuestros padres se veían con cierta frecuencia, y los niños quedábamos en casa al cuidado de las madres, ya que entonces no existía el coche familiar que tanto facilita las relaciones. Por eso, de su infancia no conozco mucho, algún pequeño episodio, relatado en familia y que ha perdurado sobre vivencias posteriores.

José M.ª era el cuarto hijo de D. Victoriano y D.ª Dolores de Miguel y Mauleón; nació en Estella el 24 de mayo de 1907. (Sus hermanos eran: Telesforo, que murió a los once años; Bernardo, que fue abogado y desempeñó el bufete de su padre y su abuelo; María, que ingresó a los diecinueve años en las Carmelitas de Alba de Tormes, donde falleció en 1973; y Miguel, el más joven, notario de Estella, recientente fallecido (D.E.P.).

A partir de los catorce años recién cumplidos, José M.ª irrumpió ya, en nuestra vida, por derecho propio; y desde entonces, nuestros contactos fueron frecuentes, especialmente en nuestra juventud, en que nació un afecto mutuo y una mutua comprensión que durarán lo que nosotros.

Este trato y conocimiento, directos, me ponen en condiciones de poder afirmar: que la personalidad del Profesor Lacarra cristalizó muy pronto, y por tanto, *era en su juventud, como ha sido siempre después*: rectilíneo, con una mente clara y organizada, una gran capacidad de trabajo y sacrificio, y un enorme afán de superación, al servicio de una temprana y determinante vocación por la Historia y su investigación; condiciones que le han hecho ganar su gran prestigio y tantos merecidos honores.

Además, tenía las cualidades innatas necesarias para cumplir holgadamente su destino, pues era observador y tenaz, gozaba de una gran memoria

Se autoriza la copia para la investigación.
© GOBIERNO DE NAVARRA

y de un claro juicio crítico. Tenía un gran dominio de sí mismo y sabía controlar sus necesidades y emociones. No le afectaban la fatiga ni el sueño; era sobrio y sus expansiones muy morigeradas. Amaba su independencia y huía de todo aquello que le robase su tiempo. En fin, era desde niño, una persona *que sabe lo que quiere y camina siempre en esa dirección.*

En cuanto a su carácter, hay que señalar su marcada ecuanimidad; no era insensible, pero nada le alteraba. Parecía disfrutar, y así era, en efecto, de un gozo y una paz interior que le llevaban siempre a sonreír.

Respetaba las opiniones ajenas, sin verse obligado a acatarlas; y era comprensivo con los errores y defectos de los demás.

De joven era muy tímido, sin que esto llegase a impedirle todos los contactos y movimientos necesarios para el desarrollo de su labor.

Ha tenido siempre el pudor de sus sentimientos, por lo que, siendo realmente afectuoso, evitaba las demostraciones expresivas. Pero sabe mantenerse fiel a sus afectos, que forman parte integrante de sí mismo.

Tiene humor, a veces con algún matiz ligeramente cáustico, sin intención de herir, pues es considerado con todos.

Expondré ahora, unas cuantas viñetas que ilustren un poco su forma de ser.

EL NIÑO QUE TENIA LA JUDIA EN LA OREJA

Anécdota infantil

BND

Cuando era pequeñito, José M.ª asistía a un parvulario; y allí tuvo lugar el episodio que voy a referir.

Algún otro pequeño le introdujo, jugando, una alubia en el oído, que a fuerza de manipulaciones, penetró muy honda. Aunque el niño estaba molesto, su madre, que ignoraba el incidente, no conseguía verle nada; todo era lavarle con agua hervida y ponerle algodoncitos. Pasados unos días, las molestias aumentaron y hubo que recurrir al galeno. Este, encontró la alubia, la extrajo y contempló, perplejo ¡que la alubia había germinado en tan inadecuado lugar!

Parece un símbolo de lo que después ocurriría con el protagonista: que daría calor y vida a cosas, al parecer, secas, olvidadas o perdidas.

ANTIDOTO DE LOS DUENDES

En todas las casas, ya se sabe, hay duendecillos que se divierten cambiando de sitio los objetos y viendo cómo las personas se vuelven locas tratando de localizarlos.

Pero en todas las casas suele haber, también, un niño u otra persona, encargado de neutralizar las faenas de los duendes.

En su casa, José M.ª tenía esta misión, que nadie le asignó.

Cuando su madre interrogaba, por ejemplo: «¿Dónde hemos metido la carta de tía Carmen?», y todos quedaban un momento en suspenso, José M.ª era el que primero reaccionaba y enseguida aparecía con la carta. Ante

Se autoriza la copia para la investigación.
© GOBIERNO DE NAVARRA

la pregunta de si la había guardado él, podía contestar, más o menos, que había visto a su padre, con la carta en la mano, cuando entraba por la mañana a su despacho. ¡Nadie se fijaría más que él! Y así en toda ocasión. Por eso, solía decir su madre que era el único que sabía, cada momento, dónde estaba cada cosa en la casa. Y eso, incluso, en los tiempos de estudiante, que pasaba los cursos en Madrid; porque a su regreso, se volvía a situar enseguida.

Esto demuestra sus singulares dotes de observación, su lógica y en determinados casos, su memoria visual.

EXAMEN DE INGRESO

Una vez, que sepamos, ha perdido José M.ª Lacarra sus nervios. Fue en los exámenes de ingreso de Bachiller.

El chiquillo, muy formal, realizó sus pruebas impecablemente, hasta que llegaron las Matemáticas, y con ellas... los quebrados. ¡Nada menos que los quebrados! Se hizo un lío con ellos.

El creyó que aquello era el final del mundo. Lleno de sonrojo y de lágrimas se precipitó en su casa, donde no podían consolarle por ningún procedimiento. ¡Un suspenso! ¡El iba a suspender!

Cómo habría hecho el resto de las pruebas, que el tribunal decidió aprobarle. Lo cual le dejó tan desconcertado, que no podía creerlo.

Pero, ¡no le pasaría nunca más! ¡Palabra!

BND

ENFERMEDAD EN LA ADOLESCENCIA

A los trece años tuvo José M.ª una grave enfermedad, cuyo diagnóstico desconozco, pero por las circunstancias que la rodearon, podría tratarse de unas fiebres tifoideas. Sus padres, que habían perdido su hijo mayor, Telesforo, unos años antes, precisamente por esa enfermedad, estaban angustiados. Yo recuerdo que mi padre fue a verles, y a su regreso, los comentarios en voz baja y las caras de mal presagio.

Pero en el lecho no había un muchacho pusilánime, sino un José M.ª de cuerpo entero ya. Pasado el periodo álgido, cuando le dejaban solo (su dormitorio estaba en la planta superior), cogía los libros y estudiaba, afanosamente, escondiéndolos si sentía que alguien llegaba, para evitar la prohibición explícita. A la sazón hacía el Bachiller en los P.P. Escolapios.

Una tarde, comentaba con su madre, que como se estaba curando podría hacer los exámenes de fin de curso, que estaban próximos; y al objetarle ella, que no estaría preparado, tuvo que confesar, *casi avergonzado*, que había logrado recuperar lo que dejara de estudiar en los peores momentos.

Puestos al habla con el colegio, les enviaron un profesor para comprobar lo que el muchacho decía, hallando que, efectivamente, José M.ª había completado su preparación. Pocos días después se presentaba a los exámenes, aprobándolos con la misma brillantez que acostumbraba.

Apuntaba ya, aquí, su tesón y muchas de las cualidades que le han caracterizado toda la vida, posponiendo su salud, entonces comprometida, a lo que él consideraba su deber.

Se autoriza la copia para la investigación.
© GOBIERNO DE NAVARRA

CONVALECENCIA EN VILLAFRANCA

Después de tan seria enfermedad, se imponía que el convaleciente cambiase de aires y aguas, como entonces se decía y acostumbraba hacer, y, así, mis padres se brindaron para acoger en casa al afectado, hasta su total recuperación.

Trasladado a Villafranca, aún estaba un poco débil, por lo que sus primeras salidas a nuestra cercana huerta, las efectuaba montando un pequeño y dócil caballejo que teníamos, al cual, para mayor seguridad, cogía mi padre de la brida. José M.ª, que nunca había montado y que había estado varias semanas en cama, para contrarrestar su propia vacilación y su poquito de miedo al caballejo, se ponía rígido y envarado.

Todavía me parece verlo; delgado, hierático, con un impecable traje claro de verano, el pantalón a la rodilla y calcetín y zapatos negros. En la cabeza se tocaba con un canotier, que aumentaba su envaramiento.

Esta estampa me quedó muy grabada, pues disonaba de lo que mis jóvenes ojos estaban acostumbrados a ver por aquellos pagos, resultándome francamente exótica (Algunas veces, más tarde, hemos bromeado acerca de ello).

EL RESPETO DE SUS PRIMAS

La estancia en Villafranca le resultó muy beneficiosa en muchos aspectos. Se recuperó pronto físicamente, y se aficionó a las interesantes y amenas charlas de mi padre y al cordial y acogedor carácter de mi madre, creándose un afecto personal que ha durado toda la vida; por lo cual, José M.ª, dentro de sus ocupaciones, no dejaba pasar mucho tiempo sin venir a vernos, aunque fuese en rápida visita.

Nuestra pequeña biblioteca también le deparó satisfacciones muy de su gusto ya. Una de sus preferencias en ella, era el Cantú, en el cual se embebía frecuentemente, causando admiración a sus primas, que teníamos aquellos volúmenes por mamotretos ilegibles.

Estas primas, más jóvenes que él y bulliciosas, le intimidaban un poco; él era ya un hombrecito y a nosotras nos lo parecía mucho más, por lo cual, ¡y por leer a César Cantú! le teníamos bastante respeto.

VOCACION DIDACTICA

Claro, que esto cambió cuando todos crecimos un poco y las primas vimos en José M.ª una persona accesible y grata, de la cual, además, siempre se aprendían cosas.

A veces tomaba un libro cualquiera, y nos examinaba, incansable, sobre su contenido, o sus láminas o sus circunstancias, hasta que fallábamos, que solía ser bastante pronto. Entonces nos fustigaba risueñamente, con frases tales como «Pero hombre, ¡qué poco sabéis!», o «¡Sois de un incultura enciclopédica!». Y todo acababa en bromas y risas, aunque en el fondo quedase un cierto ruborcillo y un propósito de esforzarnos más. Luego, a la inversa,

Se autoriza la copia para la investigación.
© GOBIERNO DE NAVARRA



1.º a la izda.: José M.ª Lacarra, con sus hermanos María, Bernardo y Telesforo. 1909.


BND

De izda. a dcha.: José M.ª Lacarra, Florentina Arana y Miguel Lacarra. Estella, Septiembre de 1919.

Se autoriza la copia para la investigación.
© GOBIERNO DE NAVARRA

éramos nosotras quienes le mareábamos a preguntas, dejándonos maravilladas su erudición y buen juicio.

De aquella época data el apelativo de «primo sabio» que le dábamos. El, acababa de hacer su primer curso de Facultad (1924).

CORRERIAS ARQUEOLOGICAS

Su afán inagotable por aprender y sus marcadas aficiones le llevaron, desde muy joven, a escudriñar todo rincón que oliese a antiguo. Estella y su comarca no tenían ya secretos para él, que desde pequeño había sabido aprovechar bien sus ratos libres, orientado al principio por su padre, luego por su propio albedrío. A sus padres les tenía un poco preocupados esa arrolladora afición de José M.ª, para la cual no veían salidas viables. Esa es la razón por la que le impulsaron a hacer también la carrera de Derecho, pensando que después podría solucionarle el porvenir.

Cuando íbamos a Estella, no dejaba de organizar las mas interesantes excursiones: las ruinas de Iranzu, en las que nos hizo notar aquella maldición a Mendizábal, escrita con carbón en un lienzo del claustro, quizá por el último monje, quizá por un exaltado guerrillero. Irache, tan rico en sugerencias... Villatuerta, buscando el primitivo camino de peregrinos que no acababa de materializarse... y la ciudad, sobre todo, la ciudad, que merece evocación aparte.

Todo esto que hacía en honor de sus primas, era sólo un botón de muestra, pues José M.ª estaba, ya, muy de vuelta; pero disfrutaba fomentando nuestro interés y proyectando en nosotras su propia afición.

En otras ocasiones, estas excursiones partían de Villafranca. En casa, (la casa de los mullidos colchones, como él decía, y que se han hecho míticos en sus recuerdos), se encontraba siempre bien acogido y relajado. Se le quería y se le comprendía y él se explayaba; contaba sus vivencias, sus ilusiones, sus proyectos y le gustaba escuchar la opinión de mi padre en algunos temas. Se sentía identificado con toda la familia y la familia con él.

Con los medios de comunicación del momento, cada visita arqueológica duraba un día. A veces, había que hacer algunos kilómetros en alpargatas y a pleno sol; o con chaparrones. Muchas veces, la comida consistía en bocadillos, pues no había las facilidades que hay ahora para comer en cualquier sitio; pero todo esto, a José M.ª no le importaba lo más mínimo; disfrutaba, sólo con conseguir su objetivo.

Desde casa fue visitando Tudela, Fitero, Olite, Ujué...; La Oliva, convertida en almacén agrícola, llena de paja, ¡cómo le dolió! Y Marcilla, con la evocación del Monasterio de D.ª Sancha; y de Ana de Velasco, inteligente y valerosa en la defensa del castillo. Y Caparroso, en cuya antigua iglesia del Cristo entramos por las paredes, según creo recordar... Y varios otros lugares.

Con frecuencia, le acompañábamos también en estos pequeños desplazamientos, recibiendo clases vivas de Arte o Historia, de las que él era tan generoso.

Se autoriza la copia para la investigación.
© GOBIERNO DE NAVARRA

ARCHIVOS

Otras veces, su objetivo eran los archivos. Licenciado ya, (con Premio Extraordinario) en 1928, su estancia aquel verano en Villafranca la dedicó a hurgar, no sólo los del pueblo, sino también los de otros pueblos vecinos, tomando notas y haciendo transcripciones. Era incansable, era como una esponja. Ya se había aficionado a ese veneno que había gustado precozmente en Estella y en la Facultad.

Además pensaba ya en el Doctorado, en oposiciones al Cuerpo de Archiveros y en recoger material para publicaciones.

En el pequeño Archivo de la Diputación de Campo, en Villafranca, encontró el primer testimonio (que yo sepa) de la prueba foral de la gallina y sus polluelos, actuando de testigos probatorios en querella sobre el río Aragón, datado en 1363[1]. Le produjo una gran satisfacción, compartida con todos nosotros.

José M.ª salvó, de la destrucción por la desidia, lo mejor del Archivo Municipal de Villafranca, 52 pergaminos, (de 1256 a 1529) y cinco carpetas con documentos interesantes, depositándolos legalmente en el A. General de Navarra. (Su ejemplo, originó que yo también salvase, hace pocos años, el Parroquial de la misma villa, que encontré disperso, roto y sucio en trance de desaparecer en poco tiempo. De modo que, indirectamente, se lo debemos a él).

BND

INTERPOLACION

Una tarde, inopinadamente, José M.ª se dirigió a Milagro, con ánimo de hurgar en el Archivo del Ayuntamiento, ignorando que eran las fiestas del pueblo y no podría trabajar.

Llegado a la cuesta que subía del puente al pueblo, se vió en la disyuntiva de torear o hacer alpinismo, porque una vaquilla que habían soltado desde la plaza, bajaba hacia él como una saeta, camino del soto. Poco dotado para el arte de Cúchares tuvo que optar por el alpinismo, trepando como pudo por el empinado talud, mientras la vaquilla pasaba, rápida y despectiva, sin darle siquiera las buenas tardes.

Ya repuesto de la sorpresa y comprobando que el camino estaba libre de obstáculos con cuernos, llegó a la plaza, disfrutando del resto de la capea... mientras concertaba con el secretario, sus próximas visitas de trabajo.

EXPANSIONES

José M.ª se divertía de verdad, con sus estudios y todo lo relacionado con ellos, pues tuvo el talento de aunar vocación con profesión. «E plaziale (s) más de aquello, que de ninguna juglaría nin de otro plazer», excepto el campo, del que hablaremos.

1. Publicado en «Documentos para la historia de las instituciones navarras». Anuario de Historia del Derecho Español, vol. XI, pp. 487-503. 1934.

Se autoriza la copia para la investigación.
© GOBIERNO DE NAVARRA



José M.ª Lacarra
Madrid, 1924
Foto de carnet



José M.ª Lacarra
Madrid, 1928
Foto de carnet

BND



Lacarra en la fuente de la Teja. Irache 1930.

Se autoriza la copia para la investigación.
© GOBIERNO DE NAVARRA

Sí le gustaba charlar, aunque no con cualquiera; necesitaba interlocutores cultos e interesantes, o personas afines a sus aficiones. Las charlas femeniles solían aburrirle, por lo que parecía, o le tenían, por un poco misógino sin serlo; al contrario, tenía buenas amigas, no muchas, entre ellas las hijas del Profesor Gómez Moreno, las de D. Luis de Zulueta, y (lo que es una satisfacción) sus primas de Villafranca y Zaragoza, (hijas éstas de Carmen Lacarra, única y maravillosa hermana de nuestros padres).

EL CAMPO

«¡Oh campo, oh fuente, oh río!». ¡Cuántas delicias habéis deparado al Profesor Lacarra en su juventud! Y después también. Incluso en Zaragoza, ya casado, compró y planificó un huertecillo, que plantó con su esposa y cultivaban casi sin ayuda, con alegría y devoción; pudiendo repetir con Fray Luis... «por mi mano plantado tengo un huerto...».

Realmente, el campo le encantaba; disfrutaba de su paz y su sosiego, su luz, su brisa y sus colores, el rumorcillo de sus aguas, que a veces se tornaba en estruendo, como en el irisado salto de las Peñas de San Fausto... Otras veces, ansioso de horizontes, trepaba a Montejurra, Monjardín, Codés, Urbasa.... Eso le gustaba también de Villafranca; nuestro balcón, orientado al Norte de dónde se divisaba de Ujué hasta Codés, pasando por Montejurra, hacia donde él enfocaba los prismáticos mientras enviaba un saludo mental a su familia. Y por el Sur, desde el atrio de la parroquia, la vista abarca hasta el Moncayo, dominando la preciosa vega del Aragón; de modo que, prácticamente sin salir de casa, podía contemplar más de media provincia.

Siempre gentil con sus primas, que participábamos de su entusiasmo, nos llevaba a la hermosa finca de los Larrainzar en Irache, donde mi padre había plantado, de estudiante unos tejos, a la sazón enormes; o al nacimiento del Urederra, tan bonito; a coger piritas en Santa Bárbara, o al Agua Salada, donde él osó beber, años después, para comprobar si el río era «letíferum», como advertía la Guía de Peregrinos; felizmente, resultó que no.

Nosotras le llevábamos a la Presa de Marcilla y a los sotos; los sotos maravillosos, que como las olas del mar, parecen todos iguales y son todos diferentes; pero allí donde el río gira para ir a buscar el Ebro, está Peñalén, cuya presencia le llevaba hacia la Historia, provocando comentarios que surgían en cadena.

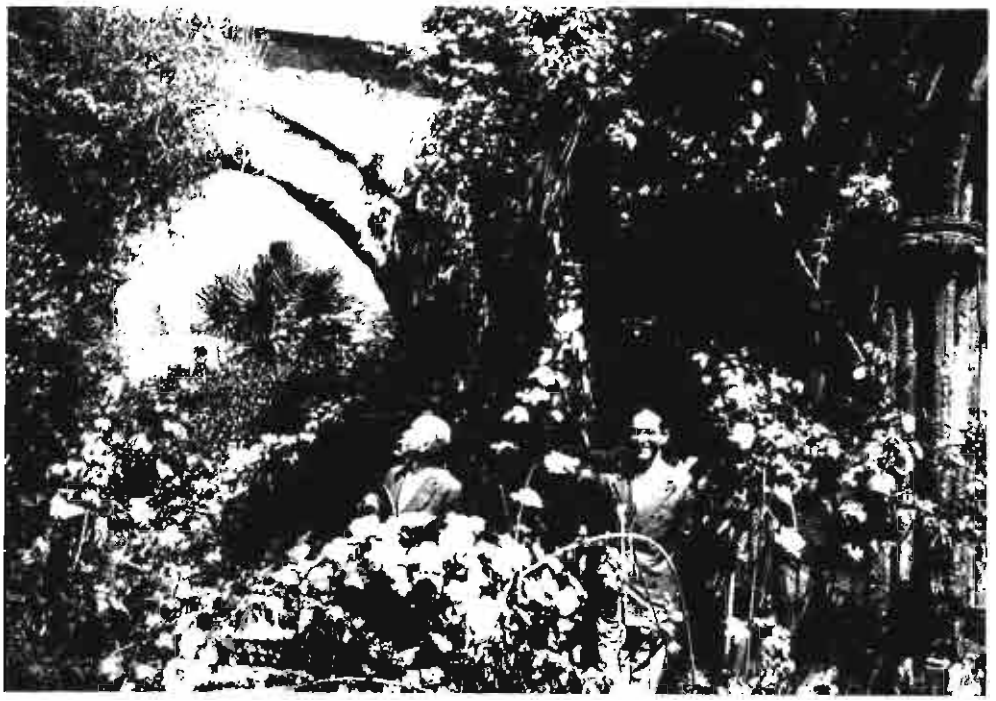
SU ESTELLA

Visitar Estella de la mano de José M.ª Lacarra era un placer de dioses. Porque José M.ª estaba enamorado de su ciudad, y este amor era contaminante.

La miraba como a una novia, la adoraba. Ella le sugestionaba y esta sugestión trascendía.

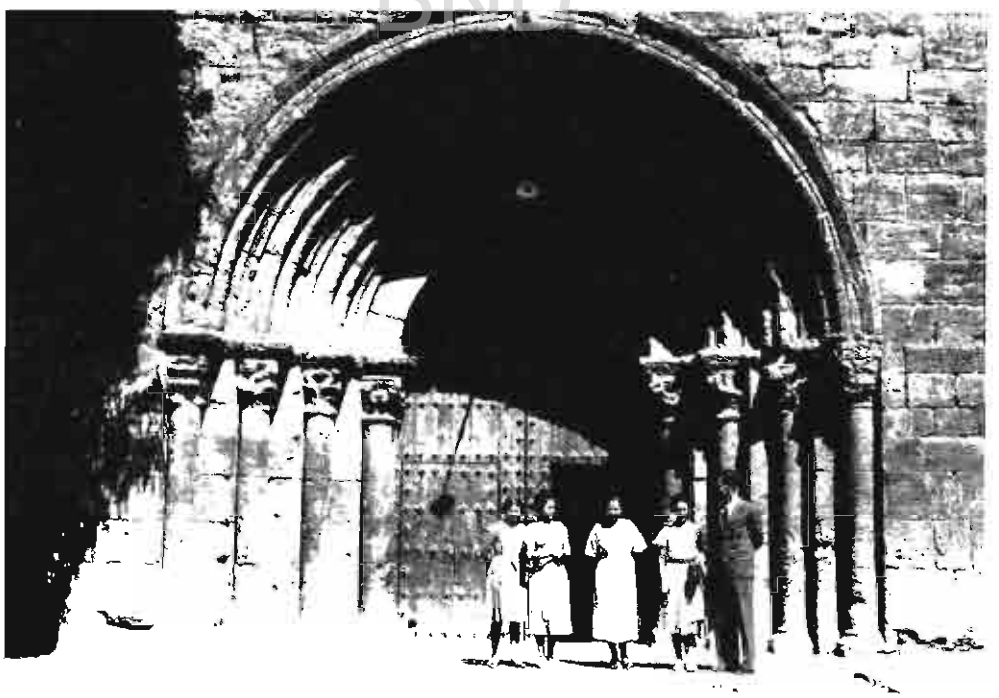
Y la veía como una joya maravillosa en un primoroso estuche, haciendo notar, no sólo los detalles de la misma, sino también, su entorno; no se la podía considerar exenta y aislada, sino sobrepuesta a los elementos naturales, cielo, agua y vegetación; y orlada por ellos.

Se autoriza la copia para la investigación.
© GOBIERNO DE NAVARRA



Lacarra, con su tío Antonio en el claustro de S. Miguel. Estella 1930.

BND



Lacarra con sus primas y hermanas Ruiz de Mendoza. Fitero 1930.

Se autoriza la copia para la investigación.
© GOBIERNO DE NAVARRA

Su palabra creaba un clima denso de evocación, donde flotaban letanías de romeros o estallidos de bombardas, alaridos de gentes perseguidas u oropeles de una corte de ficción. Ella nos hacía «ver», incluso, los desaparecidos castillos, con su historia y sus leyendas. Ella nos llevaba a «contemplar» el Fuerte del Convento de San Francisco, inexistente desde su epopeya, donde nuestro común abuelo D. Telesforo Lacarra y sus compañeros, se debatían, sitiados por los carlistas, en 1873, mientras mi padre venía al mundo en una casa frontera[2].

Y nos hacía vivir, todos los acontecimientos del pasado, con intensidad, como si hubiésemos sido testigos o protagonistas.

No es que la palabra de mi primo fuese centelleante, sino clara y pausada, como siempre; pero ayudada por los expresivos gestos de sus manos, constituía un revulsivo para nuestra imaginación, haciéndola desbordarse.

SU PALOMAR

En lo más alto de su casa de Estella, en el desván, había un cuartito minúsculo, que alguna vez había sido palomar.

Este cuchitril fue elegido por José M.ª para instalar allí su «sancta sanctorum» habilitándolo humildemente. Una mesa vieja, un par de sillas de la misma condición, (la una cubierta de libros), y unas rústicas estanterías, constituían todo su ajuar. Pero una ventana, a mediodía, lo inundaba de luz y obsequiaba a su inquilino con preciosas vistas al campo.

Allí tenía sus tesoros propios; libros rebuscados en librerías de viejo, notas o transcripciones de archivos, cartas y papelotes... Allí podía preservar su soledad para estudiar, leer, soñar... Celoso de su independencia, no admitía allí a cualquiera, o quizá fuera más exacto decir que no admitía a nadie. Pero yo tuve el privilegio de ser invitada, gentilmente, a franquear la puerta.

Como el que pasa de la obscuridad a la luz queda deslumbrado, así yo al descubrir libros que me parecían míticos, que no existían más que en las páginas de texto. Con emoción tuve en mis manos, por primera vez el Cantar de Mío Cid «Dios qué buen vassallo - si oviesse buen señore», en su versión original; conocí y empecé a degustar al ingenuo y delicioso Berçeo, y al genial Arcipreste Juan Ruiz, delicadamente censurado por mi primo en razón de mi edad y educación. En fin, se me abrió el sugestivo horizonte del castellano antiguo, al que desde entonces, he seguido aficionada. ¡Gracias, José M.ª!

EL RAMO DE FLORES

Pasados unos años, como mi padre comenzase a decaer, José M.ª, que ya había perdido el suyo y se encontraba en Pamplona organizando la institu-

2. D. Telesforo Lacarra, bajo sus segundos nombre y apellido, Cesáreo Montoya, publicó un librito refiriendo el episodio: «Estella y los carlistas», edic. Bailly-Bailliére, Madrid. (Sin data, pero hacia 1875). En él se basó Pirala para redactar los capítulos correspondientes de su Historia Contemporánea, edic. Tello, Madrid 1877, vol. IV, pp. 450-52 y 502-507, quien califica el hecho de heroico. Cita al Sr. Montoya como comunicante, pero no cita el libro (del cual copia literalmente algunos párrafos).

Se autoriza la copia para la investigación.
© GOBIERNO DE NAVARRA


BND

El Profesor Lacarra con los niños Abascal Lacarra Bilbao 1951.

Se autoriza la copia para la investigación.
© GOBIERNO DE NAVARRA

ción Príncipe de Viana, venía muchos fines de semana a visitarle, pues le quería y estimaba mucho.

Agradecida, puse un día en su habitación un precioso ramo de flores. Cuando salió de ella y me vio, todo esponjado y con su mejor sonrisa se limitó a decir: «Ya he visto... ya he visto...», que equivalía a un refinado cumplido versallesco.

Como tal lo tomé... y seguí poniéndole flores. (Aún coleaba un poco su timidez).

LOS VERSOS DEL ABUELO

Ya casi septuagenario, (1976), me felicitaba en mi cumpleaños remitiéndome unos versos de nuestro abuelo, y me decía: «como yo no tengo la gracia de nuestro abuelo, encuentro mejor que sea él quien te felicite. No tienes más que aplicarte el cuento de lo que decía a nuestra abuela M.ª Jesús». Los versos eran una serie de afectuosos piropos, que dedicaba D. Telesforo, que era un poco poeta, a su entonces prometida M.ª Jesús Mendiluce... ¡en 1864!

Ante tal delicadeza, lloré, conmovida.

EL CAMINO DE SANTIAGO

BND

Viviendo en Estella, con conocimientos históricos de la ciudad, no es extraño que el Camino de Santiago estuviese repleto de sugerencias para José M.ª desde muy temprano, haciéndole concebir el deseo de recorrerlo algún día; deseo que cristalizaría en proyecto, largamente estudiado y madurado y que, al fin, culminaría en su feliz realización, cuando tenía veinticinco años (1932).

No le fue fácil contagiar su entusiasmo, a futuros compañeros de viaje. Pero, por fin, consiguió ganarse dos valiosos adeptos: Luis Vázquez de Parga (a quien llevó a Villafranca a conocernos) y Juan Uría Ríu.

La peregrinación no fue la satisfacción de un capricho (José M.ª no los tenía) largamente acariciado, no. Fue un viaje duro, de estudio y comprobaciones, que exigía, además, una buena forma física, pues, naturalmente se hizo a pie. Pero resultó una experiencia maravillosa, de la cual no se cansaba de hablar[3].

Hasta entonces... ¡cuántos sueños, cuántas conversaciones, cuánta preparación! A pesar de su carácter sosegado, José M.ª casi se exaltaba, durante años, hablando de ello. Y si pensaba que el proyecto se demoraba demasiado se ponía un poco melancólico y recitaba los primeros versos de aquel bello romance del romero de los ojos garzos, que conservo escritos de su propia mano (1930)...

3. Fruto de esta experiencia y estudios complementarios fue la obra en tres vol. «Las Peregrinaciones a Santiago de Compostela», por Vázquez de Parga, Lacarra y Uría, que mereció el Premio Francisco Franco en 1945. Agotada, la Diputación de Asturias realizó en 1981 una edición facsímil en homenaje a D. Juan Uría, entonces recién fallecido.

Se autoriza la copia para la investigación.
© GOBIERNO DE NAVARRA

«A onde irá aquel romeiro,
meu romeiro a onde irá?
Caminho da Compostela
¡non sei s'alí chegará!

Esta última frase, era como el compendio de su impaciencia, por lo demás, siempre mesurada.

NUEVA PEREGRINACION

Compostela, el Camino y demás temas jacobeos han sido un «leiv motif» en la vida del Profesor Lacarra, que le ha dedicado varios e importantes trabajos a lo largo de su vida, y ha querido cerrar ésta, simbólicamente, con una nueva peregrinación a Santiago, en 1981.

Me lo comunicaba en carta del 3 de agosto de dicho año, desde San Rafael (Segovia), donde su hija mayor lo había llevado a descansar. Reproduzco algunos párrafos de la misma:

«El día 14 de julio volví a emprender la peregrinación a Santiago, al cabo de 49 años de la primera; esta vez, tomándolo desde más lejos, desde Conques, aunque con más comodidades, pues íbamos en un gran coche...». «Jornadas de placer y arte, aunque fatigosas. Con visitas a Toulouse, Albi, Conques, Rocamadaour, Cahors, Moissac, Auch y por Lacarre a St. Jean de Pied de Port. Desde aquí, por Roncesvalles (y ahora empezó el frío, que nos acompañó hasta Santiago) por la ruta clásica; Estella, San Millán, Sto. Domingo de la Calzada, San Juan de Ortega (y aquí me encontré, ciego, al cura que en 1932 nos había guiado, entre una terrible tormenta, por los Montes de Oca). No hay que decir la emoción que ambos sentimos al evocar el episodio, que relato en mi libro...»[4]. «Por Burgos, León, Astorga, Villafranca del Bierzo..., con desviaciones por lo que eran caminos y ahora carreteras; iglesias visigodas, otras mozárabes... para qué te voy a contar!». Añade que ha llegado cansado, y comenta con su habitual humor: «No creo que para dentro de 49 años me queden fuerzas para repetir la aventura!».

¡¡Ojalá que pudiera ser así!!

Creo que todas estas pinceladas, objetivas, reflejan un poco el carácter y la manera de ser del Profesor Lacarra en su juventud y aún un poco más allá, que, según advertí, no contienen ninguna sorpresa.

Como no se trata de una biografía, que harán personas competentes, no he mencionado sus méritos, actividades y cargos que culminaron con su ingreso en la R. Academia de la Historia, en 1972.

Pero sí quiero dejar constancia, de la constitución de su hogar con D.ª Esperanza Ducay, Profesora de Segunda Enseñanza (Lenguas Clásicas; Griego) en Zaragoza, quien, con su extremada discrección, ha hecho posible la obra del Profesor Lacarra, dándole, además cuatro hijas; M.ª Dolores, M.ª Carmen, Ana María y M.ª Jesús, a las cuales puso nombres entrañables para él; hijas que han heredado muchas de las buenas cualidades de ambos, y que de una u otra manera siguen sus singladuras. Por añadidura, los han hecho abuelos; satisfacción íntima y humana que colma su fructífera vida que deseamos sea larga.

4. Obra citada en nota 3; vol. 2º, IV, cap VIII, p. 177.

Se autoriza la copia para la investigación.
© GOBIERNO DE NAVARRA